



LAS HORMIGAS.

A fines del siglo pasado, época en que todavía se desconocían casi en todas partes las aplicaciones de la fuerza motriz del calórico, cuando, en vez de ese mágico poder que trasmite por el fondo de los océanos la palabra de un continente al otro, se empleaba el telégrafo de los hermanos Chappe, máquina primitiva cuyos brazos, al ponerse en movimiento, traían á las mientes las aspas de molino á las que con tanta bizarría cargaba lanza en ristre el bueno de Don Quijote, en aquel entónces, repito, en que la ignorancia era casi absoluta en los campos y muy general en las ciudades, murió en un lugaron de Alemania un viajero que la recorria visitando sus numerosas y célebres universidades.

Los aldeanos, para quienes todo lo que sale de la esfera de su monótona existencia alcanza las proporciones de un acontecimiento, que le

habian visto entrar en su pueblo y ser acometido allí de la enfermedad que le arrebató la vida, se agrupaban curiosos alrededor de la maleta del viajero, cuyo inventario hacía el alcalde del lugar. Sacó éste várias ropas bastante roidas y raidas, porque en aquellos tiempos, y áun desgraciadamente en los nuestros, la ciencia no da para gastar terciopelos, diversos manuscritos y una especie de cajita de madera cubierta con un vidrio. Uno de ellos, no sé si hombre ó mujer, pero más probablemente esto último, impulsado por su ardiente curiosidad, se acercó á la misteriosa cajita con ánimo de destaparla; pero no bien se hubo aproximado á ella lanzó un grito tremendo, pegó un salto hácia atrás, todo espeluznado, y.....

— ¡He visto al diablo! exclamó horrorizado.

El primer impulso de todos, ya os

lo podeis figurar, fué el de escapar por la salida más inmediata; quién por la puerta, quién por la ventana de la casucha. Los niños, que por supuesto habian sido de los primeros en acudir á aquel acto, atemorizados con el espanto de sus padres, rompen á llorar; y hasta los perros, mezclando su discordante voz á aquel desconcierto general, hacian mayor todavía con sus ladridos la confusion.

Pero esa indescriptible atraccion, que, por un fenómeno psicológico inconcebible, nos inspira todo aquello que, al mismo tiempo que desconocemos su esencia, nos ha de causar miedo ú horror, el natural deseo de ver una vez siquiera al eterno y mortal enemigo del género humano, la confianza que proporciona á los cobardes el hallarse en numerosa compañía, hicieron que, recobrados de su primer pánico, volviesen uno á uno aquellos simplones para contemplar al ángel rebelde y caido. Aquél temblaba de piés á cabeza observando sus garras; éste no habrá podido olvidar en toda su vida los espantosos y cuádruplés cuernos que salian de su cabeza, doblados en forma de codo y tan acerados como los del *gnú*, animal muy singular que habita el África, y que, á semejanza de una bestia del Apocalípsis, tiene la cabeza del toro, la melena del leon y la cola del caballo.

Entre tanto, preciso es confesar que aquel diablo, ya que de diablos se trata, era lo que verdaderamente se llama *un pobre diablo*. Impertér-

rito, sin decir *fú* ni *mú* se dejaba contemplar impasible por aquellos sencillos campesinos, hasta el punto que éstos comenzaban ya á dudar si sería realmente el rey de las tinieblas.

Entónces un estudiante de filosofía que pasaba allí sus vacaciones y que gozaba en el villorrio de más fama que Séneca ó Platon, cuyos nombres, estoy seguro, jamas llegaron á oidos de aquellos rústicos, en razon de que nadie entendia los continuos latinajos con que entremezclaba sus palabras, demostró, no sé si en *darii* ó *baralypton* que aquel no podia ser otro que el temido Luzbel; *ergo*, que era preciso llamar al cura para que le exorcizase.

Afortunadamente, uno de esos hombres que con el continuo estudio de las ciencias se crean, por decirlo así, una segunda existencia, existencia toda llena de dulces emociones, de goces tranquilos, desconocidos al que, entregado á la bacanal de la vida humana, no sabe cuánto placer inspira el ver confirmar al experimento la realidad de la más sencilla hipótesis, acertaba á la sazón á pasar en aquella aldea la estacion veraniega, buscando en la fresca sombra de sus copudos árboles y el manso murmurar del riachuelo que la atraviesa, un refugio contra los ardientes rayos del sol de estío. Atraido por el escándalo y vocerío de pocos momentos atras, habia entrado él tambien en la casucha, y despues de reirse un buen rato del espanto de los campesinos, se acerca

á la mesa, con mano firme y segura ase de la misteriosa cajita, la contempla un momento y destornillando el vidrio que formaba su tapa, enseña á la ansiosa masa de curiosos, cuyos ojos desmesuradamente abiertos parecen querer escaparse de las órbitas..... una hormiga.

¡Una hormiga! ¡oh sorpresa! ¿Con que en vez del espíritu del mal, del eterno y misterioso principio de destrucción que existe en todas las mitologías y religiones, que con el nombre de Arimanes entre los Persas, de Astaroth entre Sidonios y Fenicios, de Huickar entre los escandinavos, de Luzbel y Belcebú en nuestra lengua, simboliza para el hombre educado la síntesis de todos los males que afligen á nuestro planeta, opuesto como término antitético á los infinitos bienes que sobre los hombres derramó el Creador Omnipotente, con que en vez de todo esto, se trataba de una simple hormiga? Seguro estoy de que hubo quien allá entre dientes maldijo al sabio por haber desvanecido la ilusión, impidiéndole así contar á los del lugar vecino que habia visto al Cornudo. Sin embargo, muchos de ellos, recalcitrantes todavía, preferían dar, como sucede siempre á la gente supersticiosa, más crédito á los fantasmas que su imaginación creaba que no á la realidad que estaban viendo y palpando.

—¡Yo he visto sus largos cuernos! decía uno.

—¡Y yo sus garras! exclamaba otro.

—¡Y yo aquellos ojos que pare-

cian decirme: ¡Ay de tí! agregaba un tercero.

—Y ahora no vemos nada de eso! —concluían todos.

Entonces el buen filósofo les explicó que si en aquel momento no alcanzaban á ver nada de lo que ántes habian observado era porque sus ojos no llegaban á percibir lo infinitamente pequeño, que carecían de aquel poder visual que permite al águila, cerniéndose en las más altas regiones de la atmósfera, descubrir su presa en la superficie de la tierra. En ningun sér adquirió jamás esta propiedad tan alto grado como en el *ictiosaurio*, uno de aquellos monstruos que precedieron al rey de la creación en el señorío de la tierra. Este animal, cuya ferocidad podía hacer pasar por mansos corderos al tigre y al tiburón, era tan grande como una ballena, su forma se parecía un poco á la del cocodrilo actual, con la diferencia que, habitando constantemente los mares, su cuerpo estaba desprovisto de patas. Desde el caracol más insignificante hasta el *plesiosaurio*, otro gigante marino tan terrible como él, nada bastaba á su voracidad; todo encontraba buena acogida en su estómago, así la carne más succulenta como el inanimado tronco que la tempestad arrancó á los árboles de los bosques. Sus ojos, del tamaño de la cabeza de un hombre, estaban constituidos de tal suerte que, sumergido á 800 ó 1000 brazas de profundidad en las saladas ondas, lo mismo podía desde allí descubrir el objeto que excitaba

su codicia en la superficie de los océanos, como el parásito imperceptible que sobre su piel percibía un tributo en su sangre, de todo lo que devoraba. Es decir, que sus ojos formaban, cuando así lo quería, un verdadero microscopio, y este instrumento, que tan pródigamente concedió la naturaleza á aquel espantoso sér, el hombre, revolviendo allá en lo interior de su inteligencia, supo encontrarlo también y descubrir con él todo un nuevo mundo de seres infinitamente pequeños, tanto animales como vegetales, que pueblan los montes y los valles, el inmenso mar y la gota de rocío que trata, toda temblorosa, de confundir su limpidez con la nítida blancura del pétalo del jazmin; entre ellos, unos, inocentes, no producen ningún efecto cuando penetran en nuestro interior; otros, por el contrario, terribles cuanto el ictiosaurio de que ya os hablé, derriban millares de hombres produciendo esas mortíferas enfermedades que se llaman el cólera, el tífus y otras más. La ignorancia de aquellos campesinos no

debe sorprender, pues, á pesar de haber sido descubierto, según se cree, en el siglo XVI, por un óptico holandés llamado Zacarías Jansen, el microscopio, en la época á que me refiero era conocido de muy pocas personas, aún entre aquellas que se dedicaban al estudio de la naturaleza. Con inefable sonrisa, el sabio suministraba á aquellas inteligencias, vírgenes de toda cultura, el sabroso pan de la ciencia; poniendo y removiendo el vidrio de la cajita, les hacía ver que lo que ellos habían tomado por cuernos eran unas prolongaciones que reciben el nombre de *antenas* y que para la hormiga son de inmensa utilidad, pues no solamente le sirven como órganos del tacto, como á nosotros, por ejemplo, las manos, sino también para entablar conversacion con sus compañeras.

Al llegar á este punto, la sorpresa de los circunstantes subió á su colmo.

(Se continuará.)

DR. PEDRO ALEJANDRO AUBER
(de la Habana).



ESCENAS INFANTILES.



La madre envió á la niña á buscar leche para el hermanito enfermo, y la niña se entretuvo en el camino jugando con otras. Y con el juego ha roto el jarro que le dió su madre.

Ahora llora la niña, cuando ya no tiene remedio su falta, y conoce que las niñas sólo deben jugar cuando no tengan quehaceres más importantes, y sus padres no les hayan mandado hacer algo, confiando en su obediencia y buena voluntad.

LOS DOS PAJARITOS.

Ahora, en estas hermosas mañanitas de Mayo con que nos brinda la primavera, mi primera ocupacion es cuidar mis flores y mis pájaros, porque las flores sin cuidado, sin riego, morirían abrasadas por los rayos del sol, no pudiendo nutrirse; y los pajaritos, sin ponerles el agua cristalina y el dorado alpiste, también serían víctimas sacrificadas y morirían.

Yo amo á las unas é idolatro á los otros, aunque á estos últimos, á los

pajaritos, no logro nunca retenerlos cautivos mucho tiempo.

Cautivos: ¿y por qué han de serlo? Libres han nacido en los bosques floridos, en los amenos campos, y crueldad grande es privarles de su libertad.

Yo no tenía hace muchos dias más que tres pajarillos: ahora sólo dos conservo en sus jaulas prisioneros.

¿Y por qué, me diréis, por qué habeis perdido el otro?

Perdido, sí, le he perdido para siempre, porque el pobrecillo voló gozoso cuando le abrí la puertecilla de su preciosa jaula, cuando tras ella sólo vió el espacio infinito, lleno para él tal vez de misterios sin cuento.

¿Y por qué no?

Las aves viven en el aire como nosotros en la tierra: ¡cuán inmenso no es para ellas ese espacio sin fin que se extiende ante su penetrante vista!

Pero debo contaros por qué causa voló mi pajarillo, por qué hube yo de darle su libertad.

Era un precioso jilguerito que un día vi posado sobre mis flores; no le vi solo, no, que otro de su especie le acompañaba.

¿Serian hermanos?

No lo sé: tal vez se amaban, según estaban gozosos, según cantaban, y mil veces tomaban el vuelo para caer al poco tiempo sobre el mismo sitio donde ántes estuvieran.

Como amo tanto á los pájaros, supuse que tal vez tenían hambre, y les arrojé unos granos de alpiste.

¡Con qué avidez los comieron!

Confieso, niños queridos, que deseé poseer aquellas avecillas que allí estaban ¡inocentes! sin poder sospechar que en mi mente surgia la idea de apoderarme de ellas.

Y mi deseo me llevó á poner allí cerca la jaula vacía, donde podian encontrar la comidita de que tanto gustaban.

La puertecita abierta era para ellos la puerta de su prision: yo estaba allí cerca, mirando cómo querian

entrar, cómo no osaban hacerlo.

Y al fin entraron, al fin los vi allí dentro, comiendo sin cuidado el alpiste que les colocára.

¡Pobrecillos!

No me atrevia á acercarme: temia que el menor ruido pudiera asustarlos y partieran para no volver más.

Eran tan lindos, estaban allí tan alegres, saltando sin cesar y sin cesar cantando, que no podia dejar de contemplarlos, que no podia decidirme á cogerlos.

Quería poseerlos, y el temor de que pudieran escaparse me retenia: mirándolos solamente y escuchando sus suaves cantares, hubiera estado sin apercibirme de que el tiempo trascurria veloz.

Era, pues, necesario tomar un partido, y lo tomé. Salí corriendo, y con la velocidad del pensamiento me arrojé sobre la jaula.

Ya eran míos, ya tenía la mano sobre la puerta de débiles alambres colocada, ya iba á cerrarla, y dentro quedarian sin remedio.

No pude hacerlo, sin embargo, tan pronto como mi deseo lo exigia: uno de los jilgueros tuvo tiempo para volar, y escapó; sólo uno pude conservar en la misma jaula donde él habia entrado.

Después yo le cuidaba, mas no pagaba con su canto mis afanes: sin duda recordaba su libertad perdida, y la tristeza le robaba sus armoniosos trinos.

Ayer, cuando apenas el sol aparecia con sus dorados rayos por el horizonte, yo coloqué á mi pobre jil-

guerito al aire libre, para que la brisa, rozando sus alas, pudiera darle gozo, alegría; para que el astro luminoso, al aparecer por el Oriente, pudiera enviarle sus primeros rayos.

Léjos de él me encontraba, recreando mi vista en las rosas que nuevamente veía abiertas, cuando un piar singular, un canto de alegría, resonó en mis oídos.

¿Qué era aquello?

Bien pronto pude verlo: en la jaula de mi prisionero, sobre los mismos alambres colocado, un jilguerito se encontraba.

Y el que la casualidad había hecho mio, y el que, libre, había llegado á posarse sobre la jaula, parecían comunicarse en su graciosa lengua: y volaban, separándose, para unirse inmediatamente: y sus cantos no cesaban un momento, como no cesaba la manifestación de su inocente alegría.

Yo los miraba, y no me atrevía á moverme del sitio donde me encontraba, como no osaba tampoco hacer el menor ruido que distraer pudiera á las dos avecillas.

¡Cuánto parecían gozar!

Al verlas, una idea apareció en mi mente y tomó cuerpo repentinamente: sí, no podía dudarlo, aunque quería suponer lo contrario: aquel pajarillo era el compañero separado, el amante tal vez arrancado á su amor, el lindo pajarillo que, rápido como el viento, lograra escapar de entre mis manos.

Los veía, y tenía necesidad de creerlo: parecía como que se conta-

ban la pena terrible que su separación les causara.

¿Qué hacer?

No lo sabía: por un lado deseaba poner al esclavo en libertad; por otro, temía perder al pobre pajarillo: era menester resolverse, y resolví la libertad del preso; sólo así podía tal vez volverle la alegría que parecía había perdido.

Aunque temía asustar al recién venido, me dirigí resueltamente hacia la jaula: debía, sí, debía hacer libre al que de libertad había privado.

Y aunque ya estaba próximo, el pajarillo no huía; ¿qué era aquello?

Detúveme suspenso; tal vez no me había visto; tal vez no había sentido el ruido de mis pasos.

Quise probar si mi pensamiento me engañaba, y toqué fuertemente las palmas; los dos pájaros me miraron fijamente, mas ninguno se movió.

No podía darme cuenta de aquello que veía; no podía comprender la acción de aquellas avecillas.

Me acerqué más; llegué á tocar la jaula; mi mano posóse sobre el pajarillo, y éste no voló.

Creí soñar, mas no era así; tenía entre mis manos á la jilguera, que piaba lastimosamente. Entonces un pensamiento cruzó mi mente: aquel pajarillo venía á ser esclavo para estar al lado del compañero que había perdido.

Y ante esta idea no pude más, y abrí la jaula al prisionero, soltando al que tenía entre mis manos.

Al verse juntos, al sentirse libres

los dos y los dos reunidos, volaron rápidamente, cantando alegremente.

Se fueron, y sus últimos acordes eran el cántico de gracias, el canto de su libertad.

Sólo entónces pude comprender el valor de los pájaros; sólo entónces

pude formar el propósito de no esclavizarlos más, y lo cumpliré; Dios ha hecho libres á las aves, y libres deben ser: no sea el hombre, no, el que ataque su libertad sacrosanta.

E. THUILLIER.

ESCENAS INFANTILES.



Gran cocinera va á ser la niña, porque se encanta arreglando los cacharros y haciendo la comida para su muñeca á la que cuida perfectamente. Deseando está ser *grande*, como ella dice, para que su madre le enseñe á guisar. Entónces ella será la que confeccione y aderece excelentes platos para sus padres que ya serán viejos, y habrá que excitar su apetito con manjares bien condimentados. Todo, todo lo hará la niña, y ya está ensayándose para cuando llegue el dia de mostrar sus habilidades.





HIMNO Á LA VÍRGEN
EN LAS FLORES DE MAYO (1).

CORO.

*Hoy, María, plegaria amorosa
Cruza pura la inmensa region :
Oyela, benigna y piadosa,
Que es ofrenda de fiel corazón.*

1.ª

Gracia brota tu pecho divino,
Que al mortal su piedad alimenta,
Y deshace la negra tormenta
Que el Averno en su seno formó.
Eres astro que alumbra el camino

(1) La música de este himno la ha compuesto el maestro Aspa.

De extraviado infeliz caminante ;
Puerto ansiado de aquél navegante
Que en borrasca su rumbo perdió.

2.ª

Parda nube de viles pasiones
Oscurece la senda del cielo,
Y tronando descarga en el suelo
De mil vicios temido aluvion.

Mas tú aclaras las negras regiones,
Desenluta tu mano la esfera,
Y al que humilde tus dones espera
Le conduces á la alta Sion.

3.^a

Desviastes los rayos candentes,
Que en su enojo lanzára el Eterno;
Cuando el triunfo cantaba el Infierno
Y el malvado al Olimpo subió.
Y calmaste las olas potentes
Que agitaban el lago profundo,

Y las manchas del cieno del mundo
En sus aguas el hombre lavó.

4.^a

Tú el aroma de flores derramas
En el seno del alma afligida;
En tu fe y esperanza nutrida
Hácia el cielo sus alas guió.
Y la acoges benigna y la llamas
Con acento de Madre amorosa,
Presentándola pura y hermosa
En las gradas del trono de Dios.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

EL GIGANTE DE LA FRENTE DE ORO.

(Conclusion.)

Dirigiendo la vista á los pobres campesinos encorvados sobre el arado ó el azadon, observó cómo las gotas de sudor que ennoblecian sus frentes brillaban á los rayos del sol á manera de rica diadema ó radiante aureola de luz purísima, mientras la suya extinguíase por completo ante la viva lumbre del astro esplendoroso. Y Adolfo se llegó á ellos, y le recibieron respetuosos, y les dirigió la palabra, y le contestaron con efusion y agradecimiento, y les alentó en su trabajo, y le colmaron de bendiciones. Por la vez primera despues de tanto tiempo caminaba sin temor, libre ya de la continúa amenaza que pesára sobre su frente. ¡Y qué pequeño se reconocia bajo esa bóveda inmensa que tiene por anchura el espacio, por límite el infinito y por término Dios! Pero en cambio, ¡qué

vastos horizontes se extendian ante su vista! Sus pulmones aspiraban con delicia el aire puro de la campiña, la vida corria por sus venas rápida y ardiente, y su alma espaciábase libre, venturosa y serena en todo lo bello, todo lo bueno y grande que descubrian los ojos y abarcaba el entendimiento.

Adolfo se sentia feliz; y como la felicidad es de suyo expansiva, corrió á su casita á desahogar en el corazon de su hermana su pobre corazon, por tanto tiempo comprimido.

V.

Los dos hermanos confundian abrazados sus lágrimas de inefable gozo, cuando estas voces, proferidas en la calle, desvanecieron su encanto:

— ¡Válganos la Santísima Virgen, qué cosa tan horrorosa!

— Pues lo que es yo ya lo estaba viendo.

— ¡El Santo Cristo nos asista, y lo que son las cosas de este mundo!

— ¿Qué sucede? dijo Elisa saliendo á la puerta.

— Pues ahí es nada, contestó una mujer que iba á la cabeza de otras seis ó siete que la seguían dando voces; el señorito Conrado, que, queriendo tocar al cielo con la cabeza, se le han ido los piés y acaba de despeñarse, rompiéndose en mil pedazos la testa resplandeciente. Allí está en el barranco, que ni figura de hombre tiene.

Y aquí las demás mujeres, entendiendo que les llegaba su vez, preparábanse á razonar el discurso de su compañera con largos comentarios y digresiones, cuando, reparando en Adolfo, enmudecieron á una, contentándose las más atrevidas con soltar algunas de esas medias palabras que nada dicen, pero que tanto significan, las cuales más penetraban cuanto eran más sutiles en el corazón del arrepentido adolescente, el cual no se cuidaba de ocultar la turbación y el rubor que abrasaba sus mejillas.

El demonio de la soberbia debió quedar satisfecho con su presa, pues abandonó aquella comarca juntamente con el alma del infeliz Conrado, siendo proverbiales desde entónces en ella la afabilidad, la humanidad y la modestia, trasmitiéndose de padres á hijos la memoria de los hermanos Adolfo y Elisa, los cuales con

su saber, bondad, amor y dulzura formaron las delicias por largo tiempo de aquel ameno y pintoresco valle.

VI.

¿Habeis cemprendido, mis queridos compañeritos, lo que significa la escarpada montaña y el gigante de la frente de oro?

Más dichosos y ménos indolentes que los rústicos habitantes del valle, todos encaminamos á aquélla nuestros pasos; es ardua, es trabajosa la empresa, nuestras fuerzas son harto escasas; pero acordémonos de la pobrecita baldada, y repitamos con ella: «La fe bajará la montaña, ó nos dará fuerzas para subir.»

Sí, mis queridos lectorcitos, la ciencia se nos presenta como montaña escarpada, casi inaccesible; en su meta, asentada á manera de robusta matrona ó colosal gigante, mora la sabiduría coronada de luz esplendorosa, luz que trasmite á la frente de aquellos que, ganando la escabrosa cima, lograren llegar hasta ella.

Pero habeis visto cómo acabó Conrado; como hubiera acabado Adolfo á no haberse arrepentido á tiempo, como acaban, más ó ménos tarde, todos aquellos que profesan la vana ciencia y la falsa sabiduría.— Recibió aplausos, es cierto, pero aplausos que se llevó el viento; las exclamaciones de horror, indiferencia y áun sarcasmo acompañaron su muerte desastrosa; su recuerdo perdióse al poco tiempo, y si no sirvió de mofa y desprecio fué porque

aquellos sencillos campesinos daban paz á los muertos.

Elisa y Adolfo arrepentido, captáronse la estimacion, el respeto y las bendiciones de todos; el llanto de amor y gratitud más acendrados regó por largo tiempo sus sepulcros, y su memoria bendita pasó á remotas generaciones cual la memoria inestimable con que el cielo les favoreciera. Y no obstante, todos habian subido la montaña. Pero Elisa se tra-

jo de ella las plantas que debian corregir sus imperfecciones, y Conrado aspiró en sus elevadas cumbres el gérmen de todos los defectos y la muerte de todas sus virtudes; una y otro volvieron coronados de luz, una y otro alcanzaron la sabiduría; pero éste la sabiduría hija de la soberbia y madre de Lucifer; aquélla la sabiduría hija del cielo y madre de la humildad verdadera.

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

CRÓNICA DE ABD-EL-RHAMAN.

Vencedor y temido y poderoso,
Abd-el-Rhaman tercero de Occidente,
Cuarenta años reinó: si fué dichoso
O no lo fué, la tradicion lo cuenta:
«Ocho dias no más logró reposo»,
Esta suele decir únicamente.
Los que quieran leer las frases mias
Cuáles fueron sabrán los ocho dias.

I.

De caza fué el buen kalifa,
Pero se perdió en la selva;
Sus cortesanos le buscan,
Pero ninguno le encuentra.
Cúbrese el cielo de nubes,
Estalla al fin la tormenta,
Y Abd-el-Rhaman busca en vano
Donde guardarse pueda.
Un labriego que le mira
Cuando el agua más arrecia,
Sin conocerle comparte
Con él la capa que lleva,
Y le conduce gozoso
Hasta su pobre vivienda.
— El kalifa es bien dichoso,
Dice el labriego ya cerca:

Tiene un soberbio palacio
Y en él no siente que llueva.
En esto llegan entrambos
A la casa, y con presteza
Tres muchachas, al encuentro
De su padre salen de ella.
Inquietas por la tardanza,
Disponen pronto la cena,
Y al extranjero le obligan
A que se siente á la mesa.
— El kalifa es bien dichoso,
Dice el pobre al ofrecerla;
El tendrá ricos manjares
Y esclavas de gran belleza,
Que de rodillas le sirvan
Cuando se siente á la mesa.

— ¡Sí! le responde Abd-el-Rhaman,
El kalifa que hoy gobierna
Es dichoso, muy dichoso,
Viendo tu dicha doméstica,
Tu hospitalidad, tus hijas
Que por tu bien se desvelan,
Al saber que en sus dominios
Siempre el caminante encuentra
Hospitalarios labriegos
Que le ofrecen casa y mesa.—

Por estas frases, al cabo
Supo el pobre de la selva

Quién era el huésped, y gracias
Le dió por ello al Profeta.

II.

Por cumplir de la ley el fallo fuerte
El kalifa, en los suyos compasivo,
Después que á un criminal sentenció á muerte,
Paseábase agitado y pensativo.
Junto á la jaula de un leon llegando,
Vió que su garra dura y poderosa
Se apoyaba, exterminio amenazando,
Sobre una pobre liebre temerosa.
— ¡ Déjala en libertad! — cual si pudiera
Comprenderle la fiera,
El kalifa exclamó, siempre clemente:
¡ No es noble quien al débil le desgarrar! —
Y, bien por descuidado ó indulgente,
El leon le miró y alzó la garra.
El kalifa, al cumplirse su deseo,
Viendo huir á la liebre aún aturdida,
La leccion aplicando al otro reo,
Le perdonó la vida.

III.

El gran kalifa un dia, Abd-el-Rhaman tercero,
Rendido de cansancio y ahogado de calor,
En un frondoso bosque lindante de un sendero,
Bajo un copudo arbusto dormido se quedó.
Despierto al poco tiempo, notó que un aldeano
Cortaba alegre un árbol al són de su cantar;
La causa preguntóle, y contestó el villano:
« — Mi padre, que es muy viejo, no puede trabajar.
Esclavo cual yo mismo, hacer esta tarea
Nuestro señor mandóle con fiera crüeldad,
Y ántes de que en su cuerpo se cebe la correa,
Hacer quiero su parte, que ya mediada está. » —

Entónces el Kalifa cogió su hacha afanoso,
Y auxilio dió al esclavo con tan constante ardor,
Que á poco todo el árbol en tierra halló reposo,
Y así dijo el esclavo, limpiándose el sudor:
— Adios, hermano mio, que el Dios Omnipotente
Hijos te dé, que hereden tu santa caridad.
— Adios, — dijo Abd-el-Rhaman, — Dios te oiga á tí clemente.
Y dé pronto á tu padre la ansiada libertad!

El padre como el hijo, desde el siguiente dia
En libertad pudieron gozar de su virtud;
Pero ignoraron siempre cual fué la mano pía
Que rompió su cadena de triste esclavitud.

IV.

Siguiendo bastardos planes
 Y en sanguinaria porfía,
 Rebeldes algunos pueblos
 Se alzaron contra el Kalifa.
 Corrieron rojas las aguas
 Desde Córdoba á Sevilla,
 Y el fuego dejó á su paso
 Pueblos enteros en ruínas.
 Clemente fué en la victoria
 Cuanto severo en la lidia.
 Abd-el-Rhaman que á los suyos
 Sirvió de constanté guía,
 Llegados junto á una aldea
 Donde el incendio áun surgia
 Entre los negros escombros
 De algunas casas pobrísimas,
 Abd-el-Rhaman, lamentando
 Las discordias intestinas
 Del kalifato, marchaba
 Pisando fuego y cenizas.
 De pronto, junto á una casa
 Desierta, ruínosa y fría,
 Creyó escuchar que lloraban;
 La puerta empujó con prisa,
 Y penetró en una estancia
 Donde, en su lecho tendida
 Y sollozando de angustia,
 Se hallaba una pobre niña.
 Sola, abandonada y yerta,
 Apénas tener podria
 Un año la criatura,
 Que al penetrar en la vida
 Pronta estaba á abandonarla
 Cuando la encontró el Kalifa.
 Éste la cogió en sus brazos,
 La prodigó mil caricias,
 Y en su albornoz abrigándola
 Con cariñosa sonrisa,
 Las armas tiró sangrientas,
 Al salir de la casita,
 Y á su lado desde entónces
 Siguió creciendo la niña.
 Y cuando agudos dolores
 Acibararon la vida
 Del monarca, halló consuelo
 De un áugel en las caricias.

V.

¿Qué causa tanto gozo y tal encanto
 Al anciano Kalifa de Occidente?
 ¿Por qué tira por tierra el regio manto?
 ¿Por qué arranca el turbante de su frente?
 Abd-el-Rhaman observa complacido
 Un mísero vestido
 De pieles, que el pasado le recuerda,
 Su juventud exenta de cuidados,
 La querida memoria
 De cuando apacentaba sus ganados,
 Sin aspirar al mundo ni á la gloria!

VI.

Las literarias lides, cuya fama
 Tanto al reino de Córdoba enaltece,
 Pronto han de celebrarse, dando al genio
 Rica corona con que ornar su frente.

 Abd-el-Rhaman, cansado de victorias
 Y ansioso de pacíficos laureles,
 Ocupó sus vigiliás escribiendo
 Un libro, que su nombre hiciera célebre.
 Pero cuando el trabajo terminado
 Iba á pasar á exámen de sus jueces,
 Quiso saber si un sabio lo juzgaba
 Digno del premio que en su afán pretende.
 Tomó el anciano sabio el manuscrito
 Y lo leyó con interés creciente.
 — Tuyo el premio será, — dijo al monarca,
 Pues honra tal tu inspiración merece. —
 Pero, viendo el contento que en el rostro
 De Abd-el-Rhaman, el Grande, resplandece,
 Y las vagas ideas fugitivas
 Traduciendo, que cruzan por su mente,
 Sigue diciendo el sabio: — No al orgullo
 Entrada libre dentro el pecho dejes,
 Ni en ver á tus rivales humillados
 Fundes un goce y con tu dicha sueñes.
 Repara esas coronas, que colgadas
 Se ven de mi vivienda en las paredes:
 Todas fueron ganadas por mis obras;
 Pero al premiar su mérito los jueces
 Ignoraban y áun siguen ignorando
 Quien el autor de dichas obras fuese.
 Observa, pues, que al anunciar tu nombre

Puede dudar la turba maldiciente
De si el premio se ha dado á tu trabajo
O á la elevada dignidad que ejerces.—

El Kalifa, ocultando que era suyo,
El manuscrito remitió á los jueces,
Y triunfante más tarde en el certámen
Vió coronada su obra de laureles.

VII.

Acometido de un accidente
Cayó el Kalifa, yerto y doliente,
Junto á la puerta
De una mezquita.

Su pueblo en torno se precipita,
Y al juzgar víctima de fiera parca
Al buen monarca,

Que nunca al pueblo causára enojos,
Que nunca fuera causa de agravios,
Lloran sus ojos,
Rezan sus labios.

Pasó un anciano, que le bendijo:
Pasó una madre llevando á su hijo
Tierno en los brazos.

Mira, le dijo, rota en pedazos
Nuestra esperanza,
Nuestra ventura:

Alá te otorgue su bienandanza,
Alá te guarde siempre en su altura.

Pasó un mendigo, que contristado,
—Tú eras el padre del desgraciado,
Clamó con triste palabra inquieta:
Salud eterna te dé el Profeta.

Y ancianos, niños, mujeres, hombres,
Con sentimiento

Le prodigaban mil dulces nombres,
Le acompañaban con su lamento.

Pero su muerte ya repetida
De casa en casa, de choza en choza,
Fué desmentida,

Y el buen kalifa volvió á la vida,
Y al pueblo entero que se alborozaba,
Dijo tranquilo:

Aunque la parca cortase el hilo
De mi existencia,
No de tal modo lloreis mi ausencia;
No de tal suerte

Vuestros clamores sientan mi muerte.
¿Qué mayor premio para mis hechos
Que en vuestros pechos

Tener su tumba? ¿Qué mayor gloria
Que conservarme vuestra memoria?

¡Dichoso el hombre por cuya vida
Lanzan sus pueblos queja sentida;
Y á quien sus pueblos vivo le adoran,
Justo le ensalzan, muerto le lloran!

VIII.

Córdoba, agradecida,
Honrar quiso al monarca
Elevando soberbio monumento
Que las generaciones veneráran.
Ya su primera piedra
Iba á ser colocada,
Cuando una triste procesion atrajo
La atención del magnánimo Abd-el-Rhaman.
—¿Dónde marchais? les dijo
A los que la formaban.

¿Qué objetos conducís sobre los hombros?
¿Por qué así caminais vertiendo lágrimas?
—¡Ah! contestó un anciano,
Van á ser derribadas

Las chozas que nos dieron nacimiento
Y cobijaron nuestra alegre infancia.
Su miserable aspecto
Acaso deshonrará

Al monumento que á la edad futura
Recordará vuestra memoria grata.

—¡No! replicó el kalifa;
Mi gloria más preciada
No consiste en alzar frágil columna
Que los siglos derriban ó maltratan.

Los más gloriosos hechos
Se esculpen en las almas:
¡En vez de un monumento de soberbia
Quiero que se alcen para el pueblo casas!.....
Y el suspenso concurso
Pudo ver al monarca,
Que tendiendo los brazos al anciano
Le cobijó bajo su misma capa.

M. OSSORIO Y BERNARD.

TEATRO DE LOS NIÑOS.

Con el presente número repartimos el pliego tercero del Teatro, que damos de regalo á nuestros infantiles lectores y que contiene una bonita decoracion.

Algunos niños se quejan de la lentitud con que hacen su teatro, y desearian, en su natural impaciencia, poseer un vasto almacén de decoraciones, un bien surtido guardaropa y un ejército de actrices y actores. La realizacion de su deseo es imposible, en vista de los crecidos desembolsos que nos origina el regalo del Teatro; pero como ya poseen el edificio, que es lo principal, deben convertirse en pintores y *atrezzistas*, copiar decoraciones de los teatros de verdad, construir muebles y hacer remiendos para las decoraciones.

La que hoy les repartimos, por ejemplo, es una selva; pero con poquísimo trabajo puede convertirse en jardín, sin más que copiar el enverjado del *Botánico* ú otro cualquiera, poniendo una puerta monumental en el centro, ó bien pintando una fuente de piedra para el centro del escenario y adornándolo con bancos, estatuas ó jarrones de pie-

drá, es decir, de carton. De igual manera puede aumentarse con otros sñuevos el número de bastidores, pintar árboles grandes y recortarlos para que varien la decoracion; poner una tapia de la drillos en el fondo ó pabellones á los dos lados del teatro.

En la decoracion de casa blanca pueden ponerse ó quitarse colgaduras; convertir las puertas en ventanas ó taparlas con armarios, cubrirla de cuadros ó convertirla en buhardilla, haciendo que arranque desde la embocadura un plano inclinado hasta corta distancia del suelo en el fondo.

En fin, con una regular aplicacion y la caja de colores que casi todos los niños tendrán, pueden hacer prodigios, dándonos tiempo á que podamos preparar nuevas decoraciones y pliegos de muebles y muñecos.

La cuestion de bambalinas no deben tampoco descuidarla los niños, á fin de que entre ellas y las decoraciones de fondo llenen el hueco de la embocadura, que, como habrán observado, es bastante elevado.

O.



MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.